

á Adelaida, su vida estaba contenida en la vida de ella. Por la mañana, cuando la jóven sentia los pasos del pintor en la escalera, se decia.— Ya está ahí!

Cuando Hipólito volvía de casa de su madre á la hora de comer, no faltaba nunca á saludar á sus vecinas, y por la tarde acudía á la hora acostumbrada con una puntualidad de enamorado. Por lo cual, la muger mas tiránica y ambiciosa en amor, no hubiera tenido motivo para dirigir el menor reproche al jóven pintor. Así, pues, Adelaida saboreaba una dicha sin mezcla de dolor y sin límites, viendo realizarse en todo su bello ideal, que tan natural es soñar á su edad.

El viejo gentil-hombre frecuentaba menos la casa; el celoso Hipólito le habia reemplazado en el tapete verde y hasta en su desgracia constante en el juego. Sin embargo, en medio de su dicha, pensaba en la desastrosa situación de madama Rouville, porque él tenia conocimiento de mas de una prueba de destreza en las cartas, y fué asaltado por una idea imoportuna.

Ya muchas veces se habia preguntado á sí mismo:—Cómo! perder veinte francos todas las noches? Y no osaba alejar de sí tan odiosas suposiciones.

Dos meses empleó para hacer el retrato, y cuando lo hubo acabado, puesto en un marco y barnizado, lo contempló como una de sus mejores obras.

La baronesa de Rouville no le hablaba una palabra. ¿Era esto indiferencia ú orgullo? El pintor no quiso explicarse este silencio, trató alegremente con Adelaida la manera de colocar el retrato durante la ausencia de su madre para darle una sorpresa.

Un dia, durante el paseo que hacia la señora Rouville á las Tullerías, Adelaida subió sola por la primera vez al taller del pintor, só pretesto de contemplar el retrato con la luz favorable, en la cual se habia pintado. Quedóse muda é inmóvil, entregada á una de esas contemplaciones deliciosas donde se funden en uno solo todos los sentimientos de la muger. No se reasumen todos ellos en una admiración sin límites hacia el hombre amado? Así que, el

pintor, inquieto de su silencio, se inclinó para saludar á la jóven, y ella le tendió la mano sin poder pronunciar una palabra, mientras dos lágrimas, saliendo de sus ojos, resbalaban por sus encantadoras mejillas. Hipólito estrechó su mano, la cubrió de besos, y durante un momento se miraron en silencio, queriendo los dos declararse su amor, y sin osar decirse una palabra.

El pintor retuvo la mano de la jóven entre las suyas; un mismo calor y un mismo movimiento les anunciaba que sus corazones latian unísonos, con igual fuerza en el uno que en el otro.

Bastante trémula la hermosa jóven, se separó dulcemente de Hipólito y le dijo mirándole ingénuamente:—¡Vos sí que haceis á mi madre bien feliz!

—¡Cómo! á vuestra madre solamente?

—¡Oh! yo lo soy bastante.

El pintor bajó la cabeza y se quedó silencioso, asustado de la violencia de sentimientos que el acento de esta frase reveló en su corazón. Comprendiendo los dos el inconveniente

de esta situación, bajaron y colocaron el retrato á su placer. Hipólito comió por primera vez con la baronesa, que llena de agradecimiento y en medio de su tristeza y su llanto, quiso abrazarle.

Por la tarde, el viejo emigrado, antiguo camarada del baron Rouville, hizo á sus amigas una visita para participarles que habia sido nombrado vice-almirante. Sus navegaciones terrestres á través de Alemania y Rusia le habian sido conceptuadas como campañas navales. A la vista del retrato estrechó cordialmente la mano del pintor, diciéndole.

—¡Pardiez! aunque mi vieja carraca no vale la pena de ser conservada, yo daría muy bien quinientas pistolas por verme así retratado, como lo está mi viejo Rouville.

A esta proposición la baronesa miró á su amigo sonriéndose y dejando ver en su rostro la espresion de un súbito reconocimiento. Hipólito creyó adivinar que el viejo almirante le ofrecía el precio de dos retratos para pagarle el suyo. Su orgullo de artista, y lo que los celos le pudieron instigar, fué causa de que se

ofendiera de este pensamiento y le digera al anciano conde:

—Caballero, si yo pinto otro retrato, no haré mas que lo que he hecho en este.

El almirante se mordió los lábios y se puso á jugar. El pintor se colocó junto á Adelaida que le propuso seis reyes de piquet, lo cual aceptó. Jugando todos, observó en madama Rouville un ardor por el juego, que le sorprendió. Jamás la vieja baronesa habia manifestado un deseo tan ardiente por la ganancia, ni un placer tan vivo al tocar las monedas de oro del gentil-hombre. Durante la velada, muy malas suposiciones vinieron á turbar la dicha de Hipólito, que le llenaron de desconfianza.

La señora Rouville, viviria del juego? Jugaria tan solo por desquitarse de alguna deuda ú obligada por la necesidad? Tal vez no hubiera pagado el alquiler de la casa.

El viejo hacia lo posible por no dejar perder impúnemente su dinero. ¿Qué interés le atraia á esta casa tan pobre, siendo él tan rico? Por qué, en otro tiempo tan familiar con Adelaida,

habia renunciado á la confianza adquirida y dada quizá por ella?

Estas reflexiones involuntarias le escitaron á examinar al viejo y á la baronesa, cuyos gestos de inteligencia y miradas oblicuas arrojadas sobre él y Adelaida, le disgustaron en extremo, haciéndole formular este pensamiento. —¿Si me engañarán? Esta idea fué para Hipólito una idea horrible, punzante, á la cual le dió suficiente crédito para que le sirviera de tortura.

El hubiera querido quedarse despues de la marcha de los dos viejos para confirmar ó desvanecer sus sospechas.

Sacó su bolsillo para pagar á Adelaida, mas embebido en sus amargos pensamientos, se apoyó sobre la mesa y cayó en un desvanecimiento que le duró breves instantes: despues, avergonzado de su silencio, se levantó, respondió á una pregunta de la baronesa, colocándose á su lado para mejor analizar sus palabras y sus gestos.

Lleno de mil incertidumbres salió de aquella casa; mas apenas habia bajado unos cuantos

escalones, volvió á entrar para tomar su bolsillo olvidado.

—Hé dejado aquí mi bolsa? preguntó á Adelaida.

—No, respondió ella toda encarnada.

—Yo creí que estaria ahí, replicó señalando la mesa del juego.

Avergonzado por Adelaida y la baronesa, las miró con un aire de estupidez que las hizo reir, y pálido y tanteándose los bolsillos del chaleco, dijo:

—Me he equivocado, yo la tengo sin duda.

En uno de los lados de la bolsa tenia quince luisés, y en el otro algunas monedas de cobre. El robo habia sido hecho tan infragante y tan descaradamente negado, que á Hipólito no le cupo duda alguna respecto á la moralidad de sus vecinas.

Bajó la escalera con pena, sus piernas temblaban, tuvo vértigos, sudó y tiritó, encontrándose imposibilitado de dar un paso, por la felonía de que habia sido víctima, y la atroz conmocion causada al ver el desengaño de todas sus esperanzas. Desde este momento fué

recordando su memoria un cúmulo de observaciones, que si bien ligeras en la apariencia, corroboraron las afrentosas suposiciones, y al probarle la realidad del último suceso, le abrieron los ojos sobre el carácter y la vida de estas dos mugeres. ¿Habian ellas acudido á darle el retrato con el fin de robarle la bolsa?

Cada vez el robo le parecia mas odioso.

El pintor recordó, por su desgracia, que dos ó tres noches antes, Adelaida parecia examinar, con una curiosidad de niña, el trabajo particular de punto de red de la seda usada, y lo que haria probablemente es mirar la plata contenida en la bolsa, dirigiéndole chanzonetas inocentes en apariencia, pero que sin duda habian tenido por único objeto, el espiar el momento en que la suma fuera bastante crecida para ser robada.

El viejo almirante tal vez tuviera excelentes razones para no casarse con Adelaida, y luego la baronesa le hubiera tachado de me.....

A esta suposicion se tranquilizó, y su idea fué destruida por una reflexion bien justa.— Si la baronesa, pensaba él, habia creído que

yo me casaría con su hija, no me hubieran robado.

El probó, pero no pudo renunciar á sus ilusiones, su amor estaba fuertemente arraigado y dejaba al acaso el buscar alguna justificación.—Mi bolsillo habrá caído en tierra, se decía, ó se habrá quedado sin duda en el sillón, puede ser que lo tenga! ¡soy tan distraído!..... y se registraba rápidamente y no encontraba la maldita bolsa.

Su memoria cruel le volvía á presentar por un instante la fatal verdad. Veía distintamente su bolsillo sobre el tapete, no dudaba mas del robo, y escusaba á Adelaida diciendo que no se debía juzgar tan prontamente la desgracia. Veía sin duda un secreto en esta acción, en apariencia tan degradante, y no quería que tan arrogante y noble figura fuese una mentira. En tanto, esta vivienda tan miserable le parecía desnuda de ese poético amor que todo lo embellece, la veía sola y ajada, considerándola como la representación de una vida interior sin nobleza y llena de vicios.

¿Nuestros sentimientos, si así se ha de decir,

no son escritos formulados sobre las cosas ó sucesos que nos rodean?

Al otro día se levantó sin haber podido dormir. El dolor del corazón, esa gran enfermedad moral había hecho en él enormes progresos. Perder la soñada dicha, renunciar á todo un porvenir es un sufrimiento mas agudo que el causado por la ruina de una felicidad resentida, por grande que ella fuera. ¿La esperanza no es mas preciosa que los recuerdos? Las meditaciones, en las cuales cae el alma de repente, son como un mar sin riberas, en el fondo del cual podemos nadar tan solo un momento, y durante el cual nuestro amor se sumerge y perece. Y es una muerte horrible. ¿Los sentimientos no son, pues, la parte mas brillante de nuestra vida? De esta muerte están afectadas ciertas organizaciones delicadas ó fuertes, por los grandes estragos producidos por los desengaños, por las esperanzas y las pasiones perdidas.

Así le sucedió al joven pintor.

Un día salió muy de mañana y se marchó á pasear por las frescas sombras de las Tullerías,

embebido en sus ideas y sin acordarse de nada en el mundo. Al acaso, encontró á uno de sus amigos íntimos, un camarada de colegio y del taller, con el cual le habia ligado una amistad como si fuera un hermano.

—Y bien, Hipólito, que te haces? le dijo Francisco Souchet, jóven escultor que venia de alcanzar una pension y debia partir muy pronto para Italia.

—Yo soy muy desgraciado, respondió gravemente Hipólito.

—No encuentro nada en tí que pueda hacerte desgraciado; oro, gloria, consideracion, nada te falta. Insensiblemente las confiancias principiaron y el pintor le reveló su amor. Al momento que le habló de la calle de Suresne y de una jóven que habitaba en un cuarto piso, dijo alegremente Souchet.—Alto ahí! Esa es una niña que va todas las mañanas á la Asuncion, y á la cual hago yo la corte. Mas, querido, todos la conocemos. Su madre es una baronesa, ¿y tú crees que las baronesas habitan en los cuartos pisos? ¡Ba, ba, ba! Bien, que tú, eres un hombre de la edad de oro.

Nosotros la vemos aquí todos los dias paseando por estas alamedas, su figura y su talante disienten en un todo. ¡Cómo! ¿tú no has adivinado en ella, la manera que tiene de llevar su trage?

Los dos amigos pasearon largo tiempo, y muchos jóvenes que conocian á Souchet y á Stinner se les juntaron. La aventura del pintor, juzgada como de poca importancia, les fué contada por el escultor.

—Y luego tambien, dijo él, continúa amando á la niña.

Estas fueron las observaciones, las risas y las burlas inocentes que le dirigieron con la alegría familiar de los artistas, pero que hicieron sufrir horriblemente á Hipólito. Un cierto sentimiento del alma le hacia ver muy mal la confianza y ligereza con que se trataba su corazon, su pasion desgarrada, partida en girones, y como se mancillaba á una jóven desconocida, y su vida que parecia modesta, sujeta á los juicios verdaderos ó falsos, tratados con tanta indiferencia. Afectado y no pudiendo por mas tiempo contenerse, y casi por espíritu de

contradiccion, pidió seriamente á algunos las pruebas de sus asertos. Por lo que las chanzonetas principiaron de nuevo.

—¿Pero, querido amigo, has visto el chal de la baronesa? dijo Souchet.

—Has seguido á la niña cuando vá por la montaña á la Asuncion? dijo José Bridó, jóven aprendiz del taller de Gros.

—¡Ah! la madre entre otras virtudes tiene, una cierta ropa gris, que yo miro como un tipo, replicó Bixion, artífice de caricaturas.

—Escucha, Hipólito, dijo el escultor, ven por aquí dentro de cuatro horas y analizarás un poco el modo de andar de la madre y de la hija. ¡Y despues veremos si dudas! Bien, que todo esto no influirá nada sobre tí, ¡serias capaz de casarte con la hija de tu portera!

Combatida su imaginacion por las mas contrarias ideas, se separó de sus amigos. Adelaida y su madre le parecian estar por encima de estas acusaciones, y él reprobaba en el fondo de su corazon, el haber sospechado de la pureza de esta jóven tan bella y tan sencilla.

Cuando regresó á su taller, al pasar por delante de la puerta de la habitacion de Adelaida, sintió un profundo dolor en el corazon, del cual ninguno que ame se puede escapar. El amaba á la señorita Rouville, apasionadamente,

y á pesar del robo de la bolsa, la adoraba todavía.

Su amor era como el del caballero Grioux, admirando y ensalzando á su querida hasta sobre la carreta que conduce á su prision á las mugeres perdidas.—Pues qué, mi amor no la hace la mas pura de las mugeres? Por qué la han de abandonar al mal y al vicio sin tenderle una mano amiga? Esta mision le complacia. El amor verdadero se aprovecha de todo. Nada seduce mas á un hombre jóven, como hacer el papel de un corazon grande ante una muger. Hay no se qué de caballeresco en estas empresas, que solo pertenecen á las almas exaltadas. ¿No es, pues, este sacrificio el mas grande en la forma, el mas elevado, y el mas gracioso?

Hipólito entró en su taller, y contempló un cuadro sin hacer nada, ni ver las figuras á través de las lágrimas que le corrian por las megillas. Tenia el pincel en la mano, en disposicion de limpiarle con la tohalla como para quitarle una tinta, y sin embargo no lo tocaba.

La noche le sorprendió en esta actitud, y despertado de su sueño ó meditacion por la oscuridad, salió del taller, encontrando en la escalera al viejo almirante: le miró sombríamente y saludándole, se fué. El tenia la inten-

cion de haber entrado en casa de sus vecinas, mas al aspecto del protector de Adelaida se le heló el corazón y abandonó su idea. Por la centésima vez que se preguntaba, qué interés podía tener este viejo tan rico con ochenta mil libras de renta, para subir todos los días al cuarto piso, donde perdía cuarenta francos todas las noches.

Al otro día y en los siguientes, Hipólito se dedicó exclusivamente á su trabajo para tratar de combatir su amor y distraerse en el fuego de su concepción. Mas le salió á medias. El estudio le consoló sin llegar á conseguir el poder ahogar los recuerdos de tantas horas placenteras, pasadas al lado de Adelaida.

Una tarde que salía del taller encontró la puerta de la habitación entreabierta. Una persona estaba derecha frente á la ventana. La disposición de la puerta no permitía al pintor pasar sin ver á Adelaida, y la saludó friamente, lanzándola una mirada llena de indiferencia; pero juzgando los sufrimientos de la jóven por los suyos, sentía un estremecimiento interior, pensando en la amargura que esta mirada y esta frialdad debían arrojar en el corazón amante.

¡Premiar las mas dulces esperanzas que jamás habían gozado dos almas puras, con un

desden de ocho días, y el menosprecio mas profundo y mas severo!.... horrible desenlace!

Podía ser que la bolsa hubiera sido encontrada y que Adelaida la tuviera esperando á su amigo? Este pensamiento sencillo y natural hizo acudir á su pecho de amante nuevos remordimientos, y se preguntaba si las pruebas de cariño que la jóven le había dado, si las encantadoras y graciosas conversaciones que habían tenido impregnadas de un amor que le hechizaba, no merecían, pues, una entrevista y una justificación. Avergonzado de haber resistido durante una semana á la voz de su corazón, se encontraba digno de castigo en el combate que sostenía, y en la misma tarde se presentó en casa la señora de Rouville.

Todas las suposiciones, todos sus malos pensamientos se desvanecieron á la vista de la jóven, pálida y demacrada.

—Buen Dios! ¿cómo estais? le dijo, despues de haber saludado á la baronesa.

Adelaida no le respondió nada, pero le lanzó una mirada llena de melancolía, una mirada triste, desanimada, que le hizo mal.

—Vos habeis trabajado mucho sin duda, dijo la anciana señora, estais cambiado. Nosotras somos la causa de nuestra reclusion. Ese re-

trato habrá retardado algun cuadro importante para vuestra reputacion.

Hipólito hizo por encontrar una buena escusa á su impolitica.

—Sí, le contestó, he estado muy ocupado, y he sufrido.....

A esta palabra, Adelaida levantó la cabeza, miró á su amante, y sus ojos inquietos no le reprocharon nada.

—¿Es que nos haceis indiferentes á todo lo que puede seros grato ó desgraciado? replicó la baronesa.

—Yo he sido injusto, respondió; mis penas son de esas que no se deben confiar mas que á sí mismo, pues los sentimientos de un jóven no son dignos de la confianza con que me honraís.....

—La sinceridad, la verdadera amistad no se debe medir por el tiempo. Yo he visto á antiguos amigos no poderse comunicar una lágrima en la desgracia, por falta de esa confianza, dijo la baronesa bajando la cabeza.

—Pero, qué teneis, preguntó el jóven á Adelaida.

—Oh! nada, respondió la baronesa. Adelaida ha pasado algunas noches desvelada para acabar una de esas faenas de muger, y no ha

querido escuchar que yo le decia que un dia mas ó menos lo mismo importaba.

Hipólito no escuchó mas. Viendo á estas dos figuras tan nobles, tan apreciables, arrojó lejos de sí todas sus suposiciones, y atribuyó la pérdida de su bolsillo á cualquier azar desconocido.

Esta velada fué deliciosa para él, y puede ser que mas para ella. ¡Hay secretos que las almas jóvenes entienden tan bien!....

Adelaida adivinaba los pensamientos de Hipólito.

Sin querer confesar sus faltas, el pintor las reconocia, y encontraba á su adorada mas amante, mas afectuosa y ensayaba casi el pedirle un perdon tácito.

Adelaida saboreaba los goces perfectos y dulces que le proporcionaba el ver á Hipólito de nuevo á su lado, los cuales no le parecian bastante recompensa para toda la desgracia de su ausencia, que tan cruelmente habia estrujado su corazon.

La armonia verdadera de sus corazones, tan llena de magia, fué turbada por una palabra de la baronesa Rouville.

—Quereis formar parte de nuestra partida? le dijo, mi viejo amigo almirante me tiene incomodada en no venir.

Esta frase revelaba todas las creencias del jóven pintor que, encarnado como la grana, miraba á la madre de Adelaida, pero no notaba en su fisonomía mas que la espresion de una bondad sin hipocresía; ningun lejano pensamiento destruía su encanto, su finura no acusaba la perfidia, la malicia no existía, y los remordimientos no alteraban su calma.

Sentóse, pues, en la mesa del juego. Adelaida quiso compartir su suerte con el pintor, pretendiendo que no sabia suficientemente jugar al piquet.

Madama Rouville y su hija, durante la partida, se hacian varios signos de inteligencia que inquietaron lo bastante á Hipólito que ganaba, pero al fin, en la última jugada los dos amantes quedaron deudores de la baronesa.

Queriendo buscar el dinero en el bolsillo del pantalon, el pintor retiró sus manos de la mesa, y vió luego delante de sí una bolsa que Adelaida habia deslizado sin que él se apercibiera. La pobre niña miraba á la baronesa, y se ocupaba en contar el dinero para pagar á su madre.

Toda la sangre de Hipólito afluyó súbitamente á su corazon, haciéndole perder casi el sentido. El bolsillo nuevo que sustituía al suyo y que contenía sus quince luises, estaba bor-

dato en granos de oro. Los colores, las borlas y todo atestiguaba el buen gusto de Adelaida, que sin duda habia espuesto su peculio particular para los adornos de tan deliciosa obra. Era imposible de pagar con mas gracia y fineza la deuda contraída con el pintor, ni podia haberse recompensado con tanto sentimiento. Cuando Hipólito aplacó su ansiedad, volvió los ojos á Adelaida y la baronesa, y las vió trémulas de placer y gozosas de tan amable superchería.

El se encontró mezquino, pequeño, raquítico y hubiera querido poder arrancarse su corazon y destrozarlo para arrojarlo á sus pies. Algunas lágrimas brotaron de sus ojos, y llevado de un movimiento irresistible, cogió á Adelaida entre sus brazos, la estrechó contra su corazon, y la cubrió de besos.

Despues con su buena fé de artista, dijo mirando á la baronesa.

—Yo os la pido por espósa.

Adelaida arrojó sobre el pintor tiernas miradas llenas de amor y reconocimiento y madama Rouville, atónita, buscaba una respuesta, cuando esta escena fue interrumpida por el sonido de la campanilla.

El viejo vice-almirante apareció seguido de su sombra y de la señora Stinner. Despues de

saber la causa de los disgustos de su hijo, que vanamente trataba de ocultar, la madre de Hipólito, habia tomado informes é inquirido noticias de Adelaida por algunos de sus amigos. Justamente alarmada por las calumnias que pesaban sobre la jóven sin saberlo, habló con el conde, el viejo almirante, cuyo nombre le fué dado por la portera, y le contó todo lo que pasaba, el cual montado en cólera, queria cortar las orejas á los infames belitres calumniadores, y animado por su corage, el almirante le dijo á la madre de Hipólito el secreto de las pérdidas voluntarias que él hacia en el juego, pues el orgullo de la baronesa no le permitia mas que este ingenioso medio de socorrerla directamente.

Luego que Mad. Stinner saludó á la señora de Rouville, miró al conde, al viejo caballero Du Halga, antiguo amigo de la esposa del almirante, á Hipólito y Adelaida, dijo rebosándole de dicha el corazon.

—Me parece que ya somos una familia.

Paris, Mayo 1832.

LUCHA ETERNA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
N. 11